

vido mas tiernamente en mi vida que la buena fe y la lealtad de aquella pobre familia inglesa.

He aqui lo que yo decia acerca de los *Natchez* en el prefacio de la primera edicion de *Atala*:

«Era muy jóven todavia cuando concebí la idea de hacer la *epopeya del hombre de la naturaleza*, ó pintar las costumbres de los salvajes, enlazándolas con algun suceso conocido. Despues del descubrimiento de la América, ningun asunto me pareció mas interesante, especialmente para los franceses, que la «matanza verificada en la colonia de los *natchez*, en la Luisiana, en 1727. Las tribus indias conspirando de consuno, despues de dos siglos de opresion, para devolver la libertad al Nuevo Mundo, me presentaban, á mi parecer, un asunto casi tan brillante como la conquista de Méjico. Escribí algunos fragmentos de esta obra; pero en breve eché de ver que mi trabajo carecia de verdaderos coloridos, y que si pretendia hacer una copia fiel, me era preciso, á ejemplo de Homero, visitar los pueblos que me proponia pintar.

«En 1789 comuniqué á Mr. de Malesherbes mi proyecto de pasar á América. Pero deseando al mismo tiempo dar un objeto útil á mi viaje, formé el propósito de descubrir por tierra el *paso* tan buscado, y acerca del cual el mismo Cook habia dejado dudas. Partí: vi las soledades americanas, y regresé con planos para otro viaje que debia durar nueve años. Proponíame atravesar todo el continente de la América septentrional, subir luego á lo largo de las costas al norte de la California, y volver por la bahía de Hudson, dando vuelta al polo. Mr. de Malesherbes se encargó de presentar mis planos al gobierno; y este oyó entonces los primeros fragmentos de la obra que hoy ofrezco al público. La revolucion desconcertó todos mis proyectos. Salpicado con la sangre de mi único hermano, de mi cuñada, y de la del venerable anciano, su padre; habiendo visto á mi madre y á otra hermana morir á consecuencia del inhumano tratamiento que en los calabozos habian recibido, vagué al azar por estrañas regiones...

«De todos mis manuscritos relativos á la América, solo salvé algunos fragmentos, en particular la *Atala*, que no era sino un episodio de los *Natchez*. *Atala* se escribió en el desierto, bajo las chozas de los salvajes. No sé si el público mirará con aprecio esta historia, que sale de todos los caminos seguidos hasta el dia, y que presenta una naturaleza y unas costumbres completamente estrañas á Europa.»

En el *Genio del Cristianismo*, tomo II de las antiguas ediciones, en el capítulo de *las pasiones*, se leian estas palabras:

«Me será permitido dar á mis lectores un episodio compendiado, como *Atala*, de mis antiguos *natchez*? Es la vida de aquel jóven René, á quien Chactas refirió su historia, etc.»

Por último, en el prefacio general de la edicion de mis obras, he dado ya algunas noticias relativas á los *Natchez*.

Un manuscrito de que he podido sacar la *Atala*, el *René* y muchas descripciones insertas en el *Genio del Cristianismo*, no ha sido del todo estéril, pues se compone, como he dicho en otra parte, de dos mil trescientas ochenta y tres páginas in-folio. Este primer manuscrito se escribió sin artículos, y todos los asuntos se muestran confundidos en él: viajes, historia natural, parte dramática, etc; pero despues de este manuscrito de una sola tirada, hay otro dividido en libros, que desgraciadamente está incompleto, y en él habia yo empezado á establecer un orden metódico. En este segundo trabajo no terminado, no solo habia procedido á la division del asunto, sino que tambien habia cambiado el género de la composición, haciéndolo pasar de la novela á la epopeya.

La revision y aun la mera lectura de aquel inmen-

so manuscrito ha sinó un trabajo penoso, pues ha sido indispensable separar lo que pertenece á viajes; separar lo que concierne á la historia natural; separar la parte dramática; ha sido preciso además desechiar y quemar mucho de aquel fárrago. Un jóven que aglomera en confuso tropel sus ideas, sus invenciones, sus estudios y lecturas, debe producir el caos; pero en este caos hay cierta fecundidad en relacion con el poder creador de la edad, y que disminuye al avanzar en la senda de la vida.

Me ha sucedido lo que tal vez no ha tenido lugar en ningun autor: esto es, leer de nuevo despues de treinta años un manuscrito ya totalmente olvidado; así pues, lo he juzgado como pudiera juzgar una obra ajena; el antiguo escritor, ya conocedor de su arte, el hombre iluminado por la critica, el hombre de espíritu tranquilo y fria razon, ha corregido los ensayos de un autor inesperto y abandonado á los caprichos de su imaginacion.

Debía, por consiguiente, temer un peligro. Al pasar de nuevo el pincel por el cuadro, podia debilitar las tintas; una mano mas segura pero menos rápida, estaba espuesta á hacer desaparecer los rasgos menos correctos, pero tambien los toques mas vivos de la lozania juvenil; era preciso conservar á la composición su independendencia, y por decirlo así, su impetu; era preciso dejar la espuma en el freno del fogoso corcel. Si en los *Natchez* hay cosas que hoy no estorparia sin temor, hay tambien otras que no volveré á escribir, especialmente la carta de René, en el segundo tomo.

En este inmenso cuadro se han presentado por donde quiera al pintor dificultades de alguna consideracion, porque á la verdad no era fácil por ejemplo, mezclar con los combates y la enumeracion de tropas, segun las antiguas usanzas, las descripciones de batallas, revistas, maniobras, uniformes y armas modernas. En estos asuntos mistos se camina sin cesar entre dos escollos: la afectacion ó la trivialidad. Respecto á la impresion general que resulta de la lectura de los *Natchez*, es, si no me equivoco, la misma que se experimenta en la de *René* y *Atala*, puesto que es natural que el todo tenga estrechas relaciones con la parte.

Puede leerse en Charlevoix (*Historia de la Nueva Francia*, tomo IV, pág. 24), el hecho histórico que sirve de base á la composición de los *Natchez*: de la accion particular narrada por este historiador, he hecho, dándole mayores proporciones, el asunto de mi obra.

He dicho que habia dos manuscritos de los *Natchez*: uno dividido en libros, y que solo comprende la mitad de la obra, y otro que contiene el todo sin division y con todo el desorden de la materia. De esto procede una singularidad literaria en la obra, tal cual la presento al público: el primer tomo se eleva á la dignidad de la epopeya, como en los *Mártires*, al paso que el segundo desciende á la narracion ordinaria, como en la *Atala* y en el *René*.

Para llegar á la unidad de estilo hubiera sido preciso borrar del primer tomo el colorido épico, ó hacerlo estensivo al segundo; por consiguiente, así en uno como en otro caso, no hubiera reproducido con fidelidad el trabajo de mi juventud.

Así, pues, en el primer tomo de los *Natchez* se hallará lo maravilloso, y lo maravilloso en todo género: lo maravilloso cristiano; lo maravilloso mitológico; lo maravilloso indio; halláranse musas, ángeles, demonios, genios, combates y personajes alegóricos: la Fama, el Tiempo, la Noche, la Muerte y la Amistad. Este tomo ofrece invocaciones, sacrificios, prodigios y multiplicadas comparaciones, unas breves, largas otras, á la manera de Homero, y formando ligeros cuadros.

En el tomo segundo lo maravilloso desaparece, pe-

ro la intriga se complica, y los personajes se multiplican, y algunos de ellos pertenecen á las clases inferiores de la sociedad. En fin, la novela reemplaza á la epopeya, sin hacerse inferior al estilo del *René* y de la *Atala*, y si superior algunas veces, tanto por la naturaleza del asunto, cuanto por la de los caracteres y por la descripcion de los lugares, al tono de la epopeya.

El primer tomo contiene la continuacion de la historia de Chactas, y su viaje á París. El fin de esta narracion es establecer un paralelo entre las costumbres de los pueblos cazadores y pescadores y las del pueblo más civilizado de la tierra; y, haciendo á la vez la critica y el elogio del siglo de Luis XIV, entablar una competencia entre la civilizacion y el estado natural; se verá que el juez decide la cuestion.

Para hacer pasar á los ojos de Chactas los hombres ilustres de aquel gran siglo, me he visto precisado algunas veces á reducir los tiempos y agrupar algunos hombres que no vivieron á la vez, sino que se sucedieron en el discurso de un largo reinado. Nadie me acusará por estos insignificantes anacronismos, que debia, no obstante, advertir aquí.

Lo mismo digo respecto de los acontecimientos que he trasladado y encerrado en un período fijo, y que se estienden históricamente antes y despues de este período.

Espero que no se me tratará con mas rigor por la critica de las leyes. El procedimiento dejó de ser público en Francia en el reinado de Francisco I, y los acusados no tenian defensores. Así es que cuando Chactas asiste á la vista de una causa criminal, incurro en un anacronismo relativamente á las leyes; y si en este punto hubiese menester de justificacion, la hallaria en el mismo Racine.

¿Has visto dar tormento?

ISABEL.

No; y segun creo, jamás lo veré.

DANDIN.

Ven, y haré que abandones el deseo de verlo.

ISABEL.

¿Cómo! ¿es posible ver padecer á los desgraciados?

DANDIN.

¡Vah! eso entretiene una ó dos horas.

Racine supone que en su tiempo se veia dar tormento, y no era así; porque solo los jueces, el escribano, el verdugo y sus dependientes asistian á él.

Espero, finalmente, que ningun verdadero sabio de nuestros dias se ofenderá del relato de una sesion de la Academia y de una inocente critica de la ciencia en tiempo de Luis XIV; critica que halla por otra parte su correctivo en la *comida en casa de Nino*. No se ofenderán tampoco mas de lo que los curiales puedan sentirse zaheridos por mi relacion de una audiencia en el Palacio. Nuestros abogados, nobles defensores de las libertades públicas, no hablan ya como el Pequeño-Juan de los *Litigantes*; y en nuestro siglo, en que la ciencia ha hecho tan notables progresos y creado tantos prodigios, la pedanteria es una ridiculez enteramente ignorada de nuestros ilustres sabios.

Hállase tambien en el primer tomo de los *Natchez* un libro de un *Cielo cristiano*, diferente del *Cielo de los Mártires*: al leerlo he creído experimentar tal sentimiento de lo infinito, que me ha obligado á conservar este libro. Las ideas de Platon se hallan confun-

didas en él con las ideas cristianas, y esta mezcla no ha presentado á mis ojos cosa alguna que deba considerarse como profana ó caprichosa.

Si se fija la atencion en el estilo, los escritores jóvenes podrán aprender, comparando el primer tomo de los *Natchez* con el segundo, por medio de qué artificios puede cambiarse el tono de una composición literaria, haciéndola pasar de un género á otro. Pero nos hallamos en el siglo de los hechos, y estos estudios acerca de las palabras parecerian sin duda ociosos. Debe, no obstante, saberse si el estilo es indiferente cuanto se trata de hacer vivir los hechos: Voltaire no ha dejado de prestar servicios á la fama de Newton. La historia que castiga y recompensa, perderia su poder si no supiese pintar: sin Tito Livio, ¿quién se acordaría ya de Bruto? ¿Quién, sin Tácito, se ocuparía de Tiberio? El mismo César defendió la causa de su inmortalidad en sus *Comentarios*, dejándola victoriosa. Aquiles no existe sino por Homero. Suprimase el arte de escribir y habrá desaparecido del mundo la gloria. Esta gloria acaso es una superfluidad bastante hermosa para que sea provechoso conservarla, á lo menos por algun tiempo.

La descripcion de la América salvaje exigiria naturalmente el cuadro de la América civilizada; pero este cuadro me pareceria de mal efecto colocado en el prefacio de una obra de imaginacion. En el tomo se hallarán los recuerdos de mis viajes en América; y despues de haber pintado los desiertos, diré lo que ha llegado á ser en Nuevo-Mundo, y lo que puede prometerse del porvenir. La historia continuará de esta manera la historia, y los diferentes asuntos que la forman no serán involucrados.

LIBRO PRIMERO.

Quiero cantar, á la sombra de los bosques americanos, con las armonias de la soledad, tales como jamás han llegado á humanos oídos; quiero cantar vuestras desventuras, ¡oh *natchez*, oh nacion de la Luisiana, de que no quedan ya sino escasos recuerdos! ¿Los infortunios de un ignorado habitante de los bosques, presentan acaso menos derechos á nuestras lágrimas, que los que afligen á los demás hombres? ¿Los dorados mausoleos de los reyes en nuestros templos, deben conmovernos mas que la olvidada sepultura de un indio, bajo la encina de su patria?

Y tú, antorcha de las meditaciones, astro apacible de las noches, ¡sé para mí el astro del Pindo! guía mis inseguros pasos á través de las desconocidas regiones del Nuevo-Mundo, para que á tu plácida luz descubra los encantadores secretos de los desiertos.

René, acompañado de sus guias, habia subido la corriente del Meschacébé, y su barca flotaba al pié de tres colinas, que á manera de una cortina ocultaban á la vista el hermoso país de los hijos del sol. Lánzase á la orilla, trepa la escarpada costa y llega á la mas alta cima de las tres colinas. La principal ciudad de los *Natchez* dejábase ver á corta distancia en una llanura sembrada de bosquecillos de sazafrán; aquí y acullá vagaban algunas indias mas ligeras que las corzas entre las que triscaban; su brazo izquierdo estaba cargado con una cesta que pendia de una larga corteza de sauca, y recogian fresas cuyo encendido color enrojecia sus dedos y los inmediatos céspedes. René bajó de la colina y se adelantó hácia la aldea. Las mujeres se detuvieron á alguna distancia para ver pasar á los extranjeros, y luego huyeron á los bosques: así las palomas miran al cazador desde la

ruda cresta de una empinada roca, y huyen al verle aproximarse.

Los viajeros llegaron á las primeras cabañas de la ciudad, y se presentaron á la puerta de una de ellas, en la que una familia reunida estaba sentada sobre esteras de junco: los hombres fumaban el calumet, y las mujeres hilaban nervios de corzo. Numerosas sandías, algunas plantas secas y diferentes frutos estaban colocadas sobre hojas de dulcamara en el centro del círculo, y un nudo de bambú servía para beber agua de arce.

Los viajeros se detuvieron en el umbral de la cabaña y dijeron: «Hemos llegado.» El jefe de la familia les respondió: «Seais bien venidos.» Esto dicho, cada viajero se sentó sobre una estera y participó del festín, sin hablar. Despues de esto, uno de los intérpretes alzó la voz y preguntó: «¿Dónde está el Sol?» (1) El jefe repuso: «Ausente.» Y volvió á reinar hondo silencio.

Una jóven se presentó entonces á la puerta de la cabaña. Su estatura alta, gentil y esbelta, era elegante como la palmera y débil como la caña, y cierto sello de dolor y melancolía se mezclaba á sus gracias, casi divinas. Los indios, para pintar la tristeza y la hermosura de Celuta, decían que tenía la mirada de la Noche y la sonrisa de la Aurora. No era aun una mujer desgraciada, pero sí una mujer destinada á serlo. Hubiérase experimentado un vivo deseo de abrazar á aquella admirable criatura, á no haber temido sentir las palpitaciones de un corazón prematuramente consagrado á las amarguras de la vida.

Celuta entró ruborizada en la cabaña, pasó por delante de los extranjeros, se inclinó al oído de la matrona de aquel lugar, y habiéndole dicho algunas palabras en voz remisa, se retiró. Su túnica blanca, de corteza de moral, mecíase levemente á su espalda, y sus sonrosados talones levantaban su borbe á cada paso. El ambiente quedó embalsamado, al partir la india, con el perfume de las flores de magnolia que adornaban sus sienes; no de otro modo se presentó Hero en las fiestas de Abidos; no de otro modo Venus se dió á conocer en los bosques de Cartago, por su noble continente y por el olor de ambrosía que su cabellera exhalaba.

Los guías dieron fin á su comida, y poniéndose en pie dijeron: «Nos ausentamos.» El jefe indio les respondió: «Id á donde quieran los Genios.» Y salieron con René, sin que nadie les preguntase qué mision les había confiado el cielo.

Atravesaron la ciudad, cuyas cuadradas cabañas sostenían un techo redondeado á manera de cúpula. Aquellos techos de paja de maíz, entrelazada con hojas, apoyábanse en paredes cubiertas interior y exteriormente con esteras muy delgadas. A la estremidad de la ciudad, los viajeros llegaron á una plaza irregular, formada por la cabaña del gran jefe de los natchez, y la de su mas inmediato pariente, la *Mujer Jefe*. (2).

La reunion de indios de todas edades animaba aquellos lugares. La noche había estendido sus sombras; pero muchas antorchas de cedro, encendidas por donde quiera, proyectaban vivísima claridad sobre la movilidad del cuadro. Algunos ancianos fumaban sus calumets, hablando de lo pasado; las madres daban el pecho á sus hijos, ó los suspendían en sus cunas de las ramas de los tamarindos; mas allá, algunos mancebos, enlazando sus brazos, se ensayaban en sufrir el mayor tiempo posible el calor de un ascua; los guerreros jugaban á la pelota con unas raquetas ó palas cubiertas de pieles de serpientes; otros guerreros se entregaban con ahínco á los juegos de pajas y la taba; un número mayor ejecutaba la danza

(1) El Sol, era el gran jefe ó emperador de los natchez.
(2) El hijo de esta mujer heredaba el poder real.

de la guerra ó la del búfalo, mientras unos músicos golpeaban con una sola yarita una especie de tambor, soplaban con fuerza en una concha salvaje, ó sacaban sonidos de un hueso de corzo, perforado con cuatro agujeros, á semejanza del pifano, tan grato al soldado.

Era la hora en que las flores del hibisco empiezan á abrirse en las sábanas, y las tortugas del río acuden á poner sus huevos en las arenas. Los extranjeros habían ya pasado en la plaza de los juegos todo el tiempo que un niño indio emplea en recorrer una cabaña, cuando para ensayarse á andar, su madre le presenta el pecho y se retira de él con dulce sonrisa. Presentóse entonces un anciano, á quien el cielo parecía haber sometido á rudas pruebas, pues sus ojos no veían la luz. Caminaba encorvado, apoyándose en el brazo de una jóven y en un báculo de encina.

El patriarca del desierto paseaba en medio de la regocijada multitud; hasta los sachems se mostraban llenos de respeto, y al seguirle formaban una comitiva de siglos al hombre venerable que tanto brillaba entre ellos y tanto amor atraía á la ancianidad.

Habiéndole saludado René y sus guías á la europea, el salvaje, noticioso de ello, se inclinó á su vez en su presencia, y tomando la palabra en su nativo idioma, les dijo: «¡Extranjeros! ignoraba que os hallabais entre nosotros; mucha pena me causa no poder veros; vérame grato en mejores dias contemplar á mis huéspedes, y leer en sus rostros si eran amados del cielo.» Volviéndose luego á la muchedumbre que oía agitarse en torno, prosiguió: «¡Natchez! ¿cómo habeis dejado solos á estos franceses, tanto tiempo? ¿Quién os ha asegurado que nunca sereis viajeros, lejos de vuestra patria? Sabed que siempre que un extranjero se presente entre vosotros, con un pie desnudo en el río, y tendiendo una mano sobre las aguas, debeis hacer un sacrificio al Meschacébé, porque el extrajero es amado del Gran Espíritu.»

No lejos del lugar donde de esta suerte hablaba el anciano, veíase un catalpa, de nudoso tronco y de ramas estensas y cargadas de flores; el anciano mandó á su hija le condujese á la sombra del árbol frondoso, á cuyo pié se sentó con René y los guías. Algunos niños, encaramados en las ramas del catalpa, alumbraban con unas antorchas la escena que á sus piés se extendía. El antiguo árbol y el antiguo hombre prestábanse mutuamente una hermosura religiosa, al mostrarse alumbrados por la rojiza claridad de las antorchas; el uno como el otro llevaban impresas las indelebles señales de los rigores del cielo, y no obstante florecían todavia, á pesar de haber sido heridos por el rayo.

El hermano de Amelia no se cansaba de admirar al sachem. Chactas (que tal era su nombre, asemejábase á los héroes representados por esos antiguos bustos que espesan el reposo en el genio, y que parecen naturalmente ciegos. La paz de las estinguidas pasiones se confundía en el semblante de Chactas con esa dulce serenidad que se advierte en los hombres que han perdido la vista; ora sea porque al hallarnos privados de la luz terrena, entablamos mas íntimo comercio con la luz celestial; ora porque la sombra en que viven sumidos los ciegos, respira una calma que se estiende sobre el alma; bien así como la noche es mas silenciosa que el dia.

El sachem, tomando el calumet de paz, cargado de odoríferas hojas de laurel silvestre, dirigió al cielo la primera bocanada de humo, la segunda hácia la tierra, y en derredor del horizonte la tercera. Hecho esto, presentó el calumet á los extranjeros. Entonces el hermano de Amelia dijo: «¡Anciano! ¿dignese el cielo bendecirte en tus hijos! ¿Eres el solicito pastor de este pueblo que te rodea? permíteme ocupar un puesto en tu rebaño.»

«—¡Extranjero! repuso el sabio de los bosques; no soy sino un simple sachem, hijo de Outalissi. Mi nombre es Chactas, porque se cree que mi voz tiene cierta dulzura, lo que puede proceder de mi temor al Gran Espíritu. Si te recibimos como un hijo, no por ello debemos elogiarnos. Mucho há que somos amigos de Ononchio (1), cuyo Sol (2) habita al otro lado del lago sin orillas (3). Los ancianos de tu país han conferenciado con los ancianos del mio, y traído en su tiempo la danza de los fuertes, porque nuestros abuelos eran una raza poderosa. ¿Qué somos hoy, comparados con nuestros abuelos? Yo mismo, que te hablo, he habitado en otro tiempo entre tus padres; mas, no estaba entonces inclinado hácia la tierra como hoy, y mi nombre resonaba en los bosques. He contraído una gran deuda con la Francia. Si alguna sabiduría se halla en mí, á un francés la debo; mis lecciones han germinado en mi corazón, pues las palabras del hombre, segun las miras del Gran Espíritu, son delicadas semillas que las brisas de la fecundidad llevan á mil apartados climas, donde se desarrollan en puro maíz ó en deliciosos frutos. Mis huesos ¡oh hijo mio! descansarían tranquilamente en la cabaña de la muerte, si me fuese dado demostrar mi agradecimiento, mediante algun servicio dispensado á los compatriotas de mi antiguo huésped del país de los blancos, antes de bajar á la region de las almas.»

Pronunciadas estas tiernas palabras, el Néstor de los natchez cubrióse la cabeza con el manto, y pareció perderse en algun gigantesco recuerdo. La hermosura de aquel anciano; el elogio de un hombre civilizado, pronunciado en medio del desierto por un salvaje; el dulce título de hijo dado á un extranjero, y la sencilla costumbre de los pueblos de la naturaleza de tratar de parientes á todos los hombres, conmovían profundamente á René.

Despues de un breve intervalo de silencio, Chactas prosiguió en estos términos: «Extranjero del país de la Aurora! si te he comprendido bien, me parece que has venido para habitar los bosques en que el sol se pierde en el ocaso. Mucho arriesgas al obrar así, pues no es tan fácil como crees vagar por los senderos del corzo. Preciso es que los manitous del infierno te hayan enviado sueños harto funestos, para que hayas adoptado semejante resolución. Reliérenos tu historia, jóven extranjero: juzgo por la frescura de tu voz, y al tocar tus brazos advierto en su flexibilidad que debes hallarte en la edad de las pasiones. Aquí hallarás corazones que puedan tomar parte en tus sufrimientos. Muchos de los sachems que nos escuchan conocen la lengua y las costumbres de tu país; debes tambien ver en la multitud de los blancos á tus compatriotas del fuerte de Rosalia, que soñarán con estremado gozo hablarte de su país.»

El hermano de Amelia respondió con voz turbada: «¡Indio! mi vida carece de aventuras, y el corazón de René á nadie se cuenta.»

Estas bruscas palabras fueron seguidas de un profundo silencio; los ojos del hermano de Amelia centelleaban con sombrío fuego, sus ideas se agrupaban y se entreabrían en su frente á la manera de las nubes, y sus cabellos se agitaban ligeramente. Mil sensaciones confusas reinaban en la muchedumbre: quiénes tomaban al extranjero por un insensato, quiénes por un genio revestido de humana forma.

Chactas, alargando en la sombra la mano, tomó la de René. «¡Extranjero! le dijo, perdona mi indiscreto ruego; los viejos son curiosos; complácen-

se en escuchar historias, para tener el placer de formar lecciones con ellas.»

Saliendo de la amargura de sus pensamientos, y volviendo al sentimiento de su nueva existencia, René suplicó á Chactas le hiciese admitir en el número de los guerreros natchez, y le adoptase por hijo.

«Hallarás una estera en mi cabaña, replicó el sachem, y al adoptarte por hijo grande será el júbilo de mis viejos dias. Empero el Sol está ausente, y no puedes ser adoptado sino á su regreso. ¡Huésped mio! reflexiona con madurez el partido que intentas tomar. ¿Hallarás acaso en nuestras sábanas el reposo que vienes á pedirles? ¿Estás seguro de que jamás alimentarás en tu corazón el pesar de haber abandonado tu patria? Por lo regular, todo queda reducido para el viajero á cambiar en la estraña tierra algunas ilusiones por algunos recuerdos. El hombre alimenta en el fondo de su alma cierto deseo de felicidad que no se destruye ni se realiza; hay en nuestros bosques una planta cuya flor se forma y jamás se abre: esta flor es la esperanza.»

Así hablaba el sachem; y mezclando la fuerza á la dulzura, asemejábase á esas añosas encinas en que las abejas han encerrado su miel.

Chactas se levantó apoyado en el brazo de su hija. El hermano de Amelia siguió al sachem, á quien la solícita multitud acompañó hasta su cabaña. Los guías volvieron al fuerte de Rosalia.

René había entrado en la morada de su huésped, á la cual prestaban propicia sombra cuatro soberbios tulíperos. Hizose calentar un agua pura en una vasija de barro negro, para lavar los piés del hermano de Amelia. Chactas hizo un sacrificio á los manitous protectores de los extranjeros, y quemó en su obsequio muchas hojas de sauce; este árbol es agradable á los Genios de los viajeros, porque crece en las márgenes de los rios, significativo emblema de una vida errante. Esto hecho, Chactas presentó á René la calabaza de la hospitalidad, en la que seis generaciones habían bebido el agua de arce; aquella calabaza estaba adornada de jacintos azules que despedían una grata fragancia. Dos indios, célebres por su ingenio artístico, habían dibujado sobre su dorada superficie la historia de un viajero extraviado en los bosques. René, despues de haber humedecido sus labios en la frágil copa, la devolvió á las trémulas manos del patriarca de la soledad. El calumet de paz, cuya cubeta estaba formada de una piedra roja, volvió á ser presentada al hermano de Amelia, y al mismo tiempo le fueron servidas dos tiernas palomas torcaces, que alimentadas por su madre con bayas de enebro, eran un manjar digno de la mesa de un monarca. Terminada la comida, presentóse al extranjero una jóven, que con los brazos desnudos y entonando la canción de la hospitalidad, decía:

«¡Salud, huésped del Gran Espítu! ¡salud, oh el mas sagrado de los hombres! Nosotros tenemos maíz y una cama para tí; ¡salud, huésped del Gran Espítu! ¡salud, oh el mas sagrado de los hombres!» La jóven tomó al extranjero de la mano, le condujo á la piel de oso que debía servirle de lecho, y despues se retiró á la casa de sus padres. René se acostó sobre la cama del cazador, y durmió su primer sueño entre los natchez.

Mientras la nacion del Sol se ocupaba aun de los juegos y las fiestas, un destino fatal precipitaba por otra parte los acontecimientos. Abandonando los campos fertilizados por los sudores de sus abuelos, muchos jóvenes, plantas estrañas arrancadas al suelo querido de la Francia, acudían en tropel á poblar con su fructuoso destierro el fuerte que bañan las aguas del Meschacébé, y que hace repetir á sus orillas el dulce nombre de Rosalia. Perrier, que gobernaba en Nueva-Orleans los dilatados campos de la Luisiana, mandó á Chepar, denodado jefe de los franceses en

(1) El gobierno francés.

(2) El rey de Francia.

(3) El mar.

el país Natchez, que hiciese la enumeración de sus soldados, para que introdujesen el arado ó la azada, si la necesidad lo exigía, hasta en los sepulcros de los indios. Chepar mandó al punto á sus batallones desplegarse al nacer al día á lo largo del río.

No bien los primeros destellos del alba doraran con tibia luz las olas del Atlántico, cuando el bético rumor de los tambores y las trompetas entusiasmó al guerrero que en su tienda reposaba. Estremecido el desierto, sacudió rudamente sus cabellera de bosques, y el terror penetró en el fondo de sus ignorados albergues, que desde el origen del mundo repitieron otros ecos que el suspiro de los vientos, el bramido de los ciervos y el canto de las aves.

A esta señal el demonio de los combates, el sanguinario Areskouí (1), y los demás espíritus de tinieblas prorumpieron en un prolongado y pavoroso grito de júbilo. El ángel del Dios de los ejércitos respondió á sus amenazas, hiriendo con su lanza de oro su escudo de diamante: tales son los rumores del Océano, cuando los ríos americanos, llenando sus urnas, se arrojan á la vez al seno de su antiguo padre: el Océano estrechando las turbulentas ondas entre las altas rocas, despide siniestros fulguros; levántase airado, se precipita sobre sus hijos, á hiriéndoles con su tridente, los rechaza al cenagoso cauce. El soldado francés, al oír aquellos rumores, abandona el sueño, como el caballo de batalla siente escitado su generoso ardor al sonido del metal: sacude el agitado suelo, muerde el pesebre que blanquea con su espuma, y descubre en todos sus movimientos la noble impaciencia, el fuego, la gracia y la agilidad.

Un movimiento general animaba los campos y el fuerte. Los infantes corrían á los pabellones de armas; los ginetes contoneábanse ya sobre sus robustos corceles, y se oía el ruido de las cadenas y el áspero rodar de la ponderosa artillería. Por do quiera resplandecía el acero; por do quiera ondeaban las banderas de la Francia; banderas inmortales cubiertas de cicatrices, como los guerreros encanecidos en los combates. En breve, el ejército se desplegó á lo largo del caudaloso Meschacé. El coro de los instrumentos de Belona animaba con sus triunfantes acordes á todos aquellos valientes, mientras se veía agitarse acompasadamente la gorra del granadero que descansaba sobre sus armas y marcaba el compás con una alegría que inspiraba terror.

¡Hija de Mueosina, de larga memoria! alma poética de los tripodes de Delfos y de las palomas de Dodona: diosa que cantas en derredor del sarcófago de Homero, en alguna desconocida playa del mar Egeo: tú, que no lejos de la antigua Partenope, haces brotar el laurel del sepulcro de Virgilio: Musa! ¡dignate abandonar por un momento todos esos difuntos cantores y su imperecedero polvo! Deja las costas de la Aurora, las claras ondas del Esperquío y los campos donde activa descollara Troya: ven, ven á animarme con tu divino soplo, para que pueda nombrar los capitanes y los batallones del no domado pueblo, cuyas proezas cansarían, ¡oh Caliope! hasta tu pecho inmortal.

En el centro del ejército ostentábase el batallón vestido de azul que fulmina los rayos de Belona; él, en casi todos los combates, obliga á la Fortuna á seguir las huestes de la Francia; versado en las ciencias más sublimes, corona la victoria con los laureles del genio. Ninguna nación puede vanagloriarse de semejante tropa; mándala Fólard, el impenetrable Fólard, que rodeado de los mayores peligros, puede medir la curva de la bala ó de la bomba; señalar la colina de que es preciso apoderarse; trazar y resolver en la ensangrentada arena, en medio del fuego y de

(1) Genio ó dios de la guerra, entre los salvajes.

la muerte, las figuras y los complicados problemas de Pitágoras.

La infantería, blanca y ligera como la nieve, formóse con rapidez delante de las lentas máquinas que vomitan hierro y flamas. Marsella, cuyas galeras llegaban al antiguo Egipto; Lorient, que hace bogar sus bajeles hasta los mares de Trapobana; la Torená, tan deliciosa por sus frutos; Flandes, la de ensangrentadas llanuras, Lyon, la romana; Strasburgo, la germánica; Tolosa, tan célebre por sus trovadores; Reims, á donde los reyes acuden á buscar su corona; París á donde van á llevarla; todas las ciudades, todas las provincias, los ríos todos de las Galias, dieron á la América aquellos famosos soldados.

Ya no son sus armas la espada ó el *angon*; ya no se adornan con el ancho *bracha* y collares de oro: no! llevan un tubo flamigero, terminado en el cuchillo de Bayona; y su uniforme es la flor de lis, símbolo del honor virginal de la Francia.

Dividida en cincuenta compañías, cincuenta escogidos capitanes dirigen aquella formidable infantería. Mostrábase allí el infatigable Toustain que naciera en las llanuras de la Beacia; donde las doradas mieses se mecen cual las olas del mar; el rápido Armañac, que fue bañado al nacer en aquel río cuyas ondas inspiran el valor y los recursos estratégicos; el sufrido Tourville, alimentado en los herbosos valles en que bailan las aldeanas de alto tocado y de corsé de seda. ¿Quién, empero, podría enumerar tantos guerreros ilustres? Beaumanoir, hijo de los peñascos de la Armórica; Causans, á quien su tierna madre dió á luz orillas de la fuente de Laura; d'Aumale, que probó el vino de Aí antes que la leche de su nodriza; Saint-Aulaire de Nimes, criado bajo un pórtico romano; y Gualtero de París, cuya venturosa juventud se deslizó entre las rosas de Fontenay, las encinas de Senard, y los jardines de Chantilly, de Versailles y de Ermenonville.

Entre aquellos denodados capitanes brillaba el joven d'Artagrette por la hermosura de su rostro, y por el aspecto de humanidad y moderación que mitigaba la intrepidez que en sus miradas respiraba. Seguía la enseña del honor, y ardía en deseos de derramar su sangre por la Francia pero detestaba las injusticias; y en los consejos de guerra defendiera más de una vez á los desgraciados indios de la rapacidad de sus opresores.

A la izquierda de la infantería dilatábanse los veloces escuadrones de esa especie de centauros, vestidos de verde, y cuyo casco terminaba en un dragón. Veíase mecerse sobre sus cabezas sus penachos de crin, agitados por los movimientos del caballo, retenido no sin esfuerzo en la fila de sus compañeros. Aquellos ginetes sepultaban sus piernas en un negro cuero, despojo del búfalo salvaje; un largo sable saltaba sobre su muslo, cuando barriendo, por decirlo así, la tierra con el vientre de su caballo, caían sobre el enemigo, armada la diestra de mortífera pistola. Según lo requerían los varios casos de Belona, se les veía apearse de sus caballos de doradas crines, combatir á pie firme en la montaña, montar de nuevo, y otra vez apearse y montar. Casi todos aquellos guerreros habían visto la luz primera no lejos de ese río en cuyas márgenes madura el sol un vino ligero, propio para apagar la sed del soldado en el ardor de la batalla; obedecían la voz del bizarro Villars.

En el ala opuesta del cuerpo del ejército se mostraba inmóvil la caballería de línea, sobre cuyo uniforme de azul oscuro resalta un pliegue brillante, tomado del velo de la Aurora. Unas borlas de oro hilado y torcido, saltaban brillando sobre la espalda del guerrero, al mesurado trote de sus caballos. Aquellos adalides cubrían sus frentes con el sombrero galo, cuyo caprichoso triángulo adornaba una rosa blanca, fija con harta frecuencia por la mano de tímida doncella,

y sobre cuyo remate se agitaba un gracioso plumero. ¡Intrépido Nemours! tú guiabas al combate aquellos famosos guerreros.

¡Pero pudiera olvidar aquella falange, que colocada á retaguardia de todo el ejército, debía protegerle contra las sorpresas del enemigo? ¡Sagrado batallón de labradores! vosotros habiais bajado de las montañas de la Helvecia, vestidos con la púrpura de Marte; la pica con que vuestros abuelos atravesaron á los tiranos, brilla aun en vuestras rústicas manos, y en medio del desorden de los campos y de la corrupción de la moderna edad, conserváis vuestras virtudes primitivas; os acompaña inseparable el dulce recuerdo de los nativos campos; que no sin cierta amargura os veis desterrados en apartadas riberas; temese hacer os oír los aires nacionales, que os traen á la memoria á vuestros padres y madres, á vuestros hermanos ó hermanas y el mugido de los rebaños en vuestras montañas.

D'Erlach acaudillaba aquellos bravos hijos de Guillermo Tell; descendía de uno de los suizos que tuvieron con su sangre, al lado de Enrique III, las abandonadas lises. ¡Felices!, si en las escaleras del Louvre, los hijos de estos extranjeros no renuevan su noble sacrificio!

Por último, el canadiense Henry dirigía en la vanguardia aquella tropa de franceses medio salvajes, indolentes hijos de los bosques del Nuevo-Mundo. Aquellos cazadores, reunidos en desórden á la cabeza del ejército, vestían únicamente una túnica de hilo, ajustada por un cinturón; un cordón á manera de tahalí sujetaba sobre su pecho un cuerno de corzo en que se encerraban el plomo y la pólvora; una corta carabina rayada pendía á modo de carcaj de sus hombros; casi nunca yerran el tiro, y persiguen á los hombres en sus bosques como á los gamos y ciervos. Rivales de los pueblos del desierto, han adquirido sus inclinaciones, sus costumbres y su amor á la libertad; saben descubrir las huellas de un enemigo, prepararle emboscadas ó forzarle en su último asilo. En vano los panderos que los acompañan, dominando pequeños caballos de raza tártara; en vano aquellos ginetes del Danubio, de largos pantalones, de casacas forradas, pendientes por detrás, de gorro oriental y retorcidos bigotes, intentan anticiparse á los ágiles canadienses; no es tan rápida la golondrina que desflora las aguas; menos ligero es el fragmento de caña que arrebatara mujidor torbellino.

Así ordenadas las tropas, estendíanse á lo largo del río cuando, caballero en una blanca yegua, errante hija de las sábanas mejicanas, llegó Chepar rodeado de una brillante escolta de guerreros.

Nacido bajo la tienda de los Luxembourg y los Catinat, el antiguo capitán solo veía la sociedad en las armas; el mundo para él era un vasto campamento. En vano había atravesado la inmensidad de los mares, porque su vista, se circunscribía al círculo que en otro tiempo abarcara, y la América salvaje reproducía á sus ojos la Europa civilizada: así el laborioso gusano que urde la mas preciosa trama, no conoce sino su bóveda de oro y no puede estender sus miradas sobre la naturaleza.

El jefe se adelanta y se detiene en breve á algunos pasos de la línea de los guerreros: el prolongado redoble de los tambores resuena, los capitanes corren á sus puestos, y los soldados se hacen firmes en sus filas. A la segunda señal, la dilatada línea se fija y se muestra inmóvil, semejante entonces á la muralla de una fortaleza sobre la que ondean las banderas de Marte.

Cesa el estruendo de los tambores: levántase una voz robusta, que se repite á lo largo de los batallones, de jefe en jefe, como de eco en eco. Mil fulgurantes tubos, alzados del suelo, hieren simultáneamente el hombro izquierdo del infante; los ginetes desenvai-

nan sus largos sables, cuyo acero, al reflejar los rayos del sol, mezcla sus vivos destellos á las triples ondas de fuego de las bayonetas: así, durante una noche de invierno brilla una soledad en que las tribus canadienses celebran la fiesta de sus genios: reunidas sobre la sólida superficie de un río, bailan al resplandor de los pinos encendidos por donde quiera; las encadenadas cataratas, las montañas de nieve y los bosques de cristal revistense de esplendor, mientras los salvajes creen ver los espíritus del Norte bogar en sus canoas aéreas con grandes remos de fuego, sobre la movible aurora de Boreas.

Las filas del ejército se entrecierran y presentan á su jefe hileras regulares: Chepar las recorre con lentitud, examinando los guerreros que maniobran á sus órdenes, á la manera que un solícito jardinero se pasea entre las filas de los tiernos arbolillos cuyas raíces asegura y cuyas ramas dirige con esperta mano.

Finalizada la revista, Chepar manda que los capitanes ejerciten sus tropas en los juegos de Marte. Dada la orden, la baqueta resuena sobre el ronco parche. Al punto, el soldado tiende hácia delante el pie izquierdo con la seguridad y la firmeza de un Hércules; todo el ejército se conmueve, y con iguales pasos marca la marcha que baten los tambores. Las ennegrecidas piernas de los soldados abren y cierran una larga calle, al cruzarse como las tijeras con que una doncella recorta ingeniosas labores. A intervalos, las cajas de metal, cubiertas con la piel del onagro, enmudecen á la señal del gigante que las guía; entonces, mil instrumentos, hijos de Eolo, animan los anchos bosques, mientras los címbalos del negro se chocan en el aire y giran como dos soles.

Nada más maravilloso y á la vez más terrible que el ver marchar aquellas legiones al son de la música, cual si abriesen las danzas de alguna fiesta; nadie podía mirarlas sin sentirse poseído del furor de los combates, y sin arder en vivos deseos de compartir sus glorias y peligros. Los infantes se apoyan y giran sobre sus alas de caballería, como sobre dos polos; ora se detienen y estremecen la soledad con sus simultáneas descargas, ó con un fuego sucesivo que sube y baja á lo largo de la línea como los anillos de una serpiente colosal; ora bajan todos á la vez la punta de la bayoneta, tan fatal en manos francesas; ora tienden en el suelo sus armas, las alzan, las echan al hombro, las presentan en marciales saludos, las cargan ó descansan sobre ellas; y en todos estos juegos bélicos no invertían un momento aquellos hijos de la Victoria.

A estos ejercicios de las armas sucedieron sabias maniobras. Alternativamente el ejército se ensanchaba y se estrechaba; alternativamente avanzaba y retrocedía; aquí se ahuecaba cual el canastillo de Flora; allí se dilataba cual los contornos de una urna de Corinto; el Meandro se replega menos veces sobre sí mismo; la danza de Ariadna, grabada en el escudo de Aquiles, presentaba menos giros que los laberintos trazados en la llanura por aquellos alumnos de Marte: los hábiles capitanes hacían tomar á los batallones todas las figuras del arte de Urania: así los niños estienden ligeras sedas en sus ágiles dedos; y sin confundir ni romper el frágil dédalo, ya lo desplagan en tela, ya lo truecan en cruz, ya lo dilatan en círculo, ya lo entrecierran levemente en forma de cuna.

Los indios reunidos admiraban aquellos juegos que les ocultaban destructoras tempestades.

LIBRO SEGUNDO.

Satanás, hendiendo los aires, arrojaba desde los cielos de la América una mirada de desesperación á esta parte del globo, donde el Salvador le perseguía á